

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN textos y documentos

Número 427

Barcelona, 4 de Abril de 1938

Av. 14 de Abril, 556

**Los dos
compadres
acabarán ri-
ñendo. Los dos bandi-
dos se pelearán por el
botín. Hoy se necesi-
tan. Saben que su po-
derío es sólo aparente,
que su fuerza cubre
una inmensa debilidad.**

Mussolini amenaza a Hitler

Mussolini dice que tiene 40.000 aviadore y muchos miles de aeroplanos de caza y bombardeo. Y diez millones de soldados, cuatro de ellos de primera línea. Y la flota submarina más poderosa del mundo. Y unas fronteras infranqueables. Y para completar el cuadro, ha recordado a los franceses que Napoleón no era francés, sino italiano de Córcega.

La *Dépêche*, de Toulouse, le ha respondido recordando la famosa frase del general Championnet, relativa a los soldados napolitanos: «Que se les... vista de blanco, que se les... vista de azul, que se les... vista de encarnado, ellos correrán siempre».

La prensa inglesa ha dicho que la última pieza oratoria de Mussolini ha sido «para el consumo interior». No es esa la opinión de *Le Temps* de París, órgano del Comité des Forges y de las «doscientas familias» hitlerianas y mussolinianas de Francia. *Le Temps* de París cree que un discurso así, en la ocasión actual, es contraproducente y aumentará el enrarecimiento de la atmósfera diplomática europea. Casi lo ha comparado a aquellos exabruptos del *Kaiser*, que tanto desesperaban a sus cancilleres, y en los que se aludía, in tempestiva y amenazadoramente, a las espadas aguzadas y a la pólvora seca.

Sin embargo, Mussolini, probablemente, al hablar de sus millones de soldados, de sus miles de aviadore y de aviones, de su flota submarina y de sus fronteras infranqueables, pensaba, más que en los italianos, más que en los franceses, más que en los ingleses, en los alemanes. Se ha resignado, por despecho, por ambición, por miedo a ser derribado, al papel de «bri-

llante segundo» de Hitler. Pero su orgullo padece. Los germanos montan la guardia en el Brenner. El Führer sigue aludiendo, en sus desahogos oratorios, a la necesidad de libertar a los teutones que viven fuera del Reich. Casi un millón de esos teutones son hoy esclavos de Mussolini. El Tirol meridional ha sido tratado por el fascismo con una brutalidad que determinó en Baviera protestas amargas. Para lograr la asimilación, la italianización, fueron cerradas las escuelas tirolesas, suprimidos los periódicos, expulsados los médicos y los maestros particulares, cambiados los nombres de las poblaciones, prohibido el alemán como lengua pública. Los comerciantes no pueden usar, en sus muestras, más idioma que el italiano...

Lógicamente pensando, Hitler tendrá que preocuparse de la lastimosa situación de esos alemanes del Tirol, víctimas de la tiranía racial y política fascista. Y más pronto o más tarde, exigirá de Mussolini que devuelva las regiones tirolesas que ocupa a Austria, es decir, al Tercer Reich, de que Austria ya no es sino una provincia.

Los dos compadres acabarán riñendo. Los dos bandidos se pelearán por el botín. Hoy se necesitan. Saben que su poderío es sólo aparente, que su fuerza cubre una inmensa debilidad, que si las democracias no fueran tan cobardes, acabarían con ellos en un abrir y cerrar de ojos. Y se apoyan mutuamente.

Pero ese apoyo es condicional. El recelo, la desconfianza, lo minan. Mussolini, el otro día, quiso asustar a Hitler. Es posible que éste no se haya asustado...

EL MOMENTO CRÍTICO

Palabras de paz y gestos de fuerza

Por J. Díaz Fernández

¿A qué precio están dispuestas las democracias europeas a mantener la paz? Ese ramo de olivo que agitan todos los estadistas en sus discursos, ¿no está ya socarrado por la metralla y manchado por la sangre de las víctimas? Todos hablan de defender la paz y todos hacen o consienten la guerra. Hitler, ante su equipo de matarifes, declara que la Alemania nazi ha de cumplir su doctrina pacíficamente y culpa a la Sociedad de Naciones—¡la desventurada Sociedad de Naciones!—de atizar la discordia. Mussolini se presenta asimismo como una vestal que cuida de la sagrada tranquilidad del mundo. Hirota no tiene reparo en asegurarles a las potencias interesadas en Extremo Oriente que el Japón también trabaja por la paz y no posee malas intenciones. Verdad es que Hitler tiene miles de técnicos y soldados haciendo la guerra en España y que otros miles acaban de invadir Austria; que Mussolini ha lanzado un ejército sobre Abisinia y otro sobre nuestro país, y que Hirota moviliza a la nación entera para lograr la conquista de China. Pero como ni Hitler, ni Hirota, ni Mussolini han declarado «oficialmente» la guerra a España, a Austria y a China, pueden permitirse esa pequeña licencia retórica, coti-

zada por la diplomacia como una verdad, aunque el equívoco cueste la vida a muchos seres indefensos.

Chamberlain también habla de la paz; Blum pronuncia las palabras con unción de convencido. Pero, sin duda, la paz de Blum y de Chamberlain tiene un significado distinto. Las explosiones de la guerra de España, el ruido de los motores que vuelan sobre Viena y el de aquellos que bombardean en las ciudades chinas, no se oyen en Londres y París; pero el Quai d'Orsay y el Foreign Office saben que existen. ¿Es que hablan sólo de la paz de los franceses y de los ingleses? En ese caso la paz—es cierto—no se ha alterado todavía; no hay tropas extranjeras en Versalles, ni en Picadilly. Pero hasta ahora todos creíamos que en un mundo de intereses entrelazados, de fuerzas en equilibrio, una guerra en que interviniesen algunas de las grandes potencias europeas, representaría la crisis de todo el sistema. Litvinof lo ha dicho en Ginebra, sin que a la frase se le diese todo el valor profético que posee en sí misma: «La paz es indivisible». El argumento tiene una demostración automática. ¿Hay alguien que piense en una guerra exclusivamente entre dos grandes potencias? Todo el mundo cree, con razón,

que la guerra tendrá carácter general. Pues de la misma manera la paz no puede romperse en una fracción mínima, sin que se descomponga todo el mecanismo de la seguridad colectiva.

Italia, Alemania y el Japón han escogido una forma de agresión que les permite hacer la guerra sin declararla, tomando posiciones preciosas para una lucha que todos consideramos fatal. Se da el caso de que esas naciones orientan todas sus actividades hacia la guerra, multiplican sus esfuerzos para mantenerla en un futuro próximo, giran frenéticamente alrededor de esa idea siniestra donde las masas famélicas queman su atroz desesperación. Hablar un lenguaje de paz en esas condiciones es puro sarcasmo. La paradoja alcanza incluso a aquellos países que desean sinceramente eludir el choque militar. Porque el rearme de las naciones pacíficas no significa otra cosa que un anuncio de guerra, una prueba de la condición, que cualquier demócrata con responsabilidad política mantiene ante sí mismo y ante la opinión de su país, de que la lucha es inevitable, aunque surja por las provocaciones del nuevo imperialismo.

El problema se presenta, pues, con una claridad y una precisión indis-

El entusiasmo de los combatientes del Ejército republicano

El 97 por ciento de una división que cruzó la frontera para no ser copada, manifiesta su deseo de seguir la lucha por la República

Fuerzas de una División pertenecientes al Ejército del Este, atravesaron hace tres días la frontera de Francia para evitar ser copadas por el enemigo.

Las autoridades francesas se han creído en el caso de conocer la actitud de cada uno de los combatientes expatriados, con respecto a la lucha que sostenemos en España, y a fin de que pudieran manifestarse con plena libertad, los separaron de sus jefes.

Sin titubeos y con verdadero entusiasmo, cuatro mil doscientos soldados afirmaron su decisión de seguir peleando por las instituciones de la República española y su deseo de reintegrarse con la máxima prontitud al Ejército republicano. Solamente ciento cincuenta expresaron su voluntad de quedarse en Francia o de entrar en la zona facciosa. Consiguientemente, el 97 por 100 de más de 4.000 soldados que, al pasar la frontera, quedaban exentos materialmente del compromiso de luchar por la República, han optado por seguir cumpliendo este honroso deber, que sólo un tres por ciento ha querido eludir.

(«La Vanguardia», Barcelona, 3-IV-1938.)

cutibles. Tal como han colocado las cosas los agresores, la guerra será la única forma de liquidación de los antagonismos entre las naciones que actualmente se disputan la dirección del mundo. La conclusión es terrible, pero ya decía Bismarck que al político no le corresponde modificar la realidad, sino diagnosticarla y afrontarla. El conflicto pudo, quizás, haberse evitado imponiendo desde el primer día sanciones durísimas a los infractores. Incluso ahora mismo, con una revisión a fondo de aquellos casos que como el de Abisinia, el de China y el de España, constituyen una escandalosa vulneración del derecho, un atropello moral sin precedentes, el gesto enérgico de las democracias, dispuestas a la acción unificada, intimidaría al fascismo, obligándole a un rápido movimiento de retroceso. Pero esa actitud parece ya imposible. El mundo camina de cara a la guerra, y disimular esa fatalidad puede ser ya en estos instantes, un signo de derrota. Por esto en este punto crítico la cuestión estriba solamente en saber si la guerra ha de hacerse por el método que han escogido los dictadores, el método de la guerra indirecta, o el que conviene a los países realmente fuertes, que es el de lanzar sus fuerzas con decisión a una lucha sin derivativos.

Los pueblos vacilan, naturalmente, y por la misma razón vacilan los Gobiernos. Pero el pueblo no quiere nunca la guerra, aunque los alcohólicos de la patriotía le hagan a veces exaltarse hasta la embriaguez, tras las banderas de sus tiranos. Si a una madre alemana o a un soldado italiano se le pregunta, sin que lo oigan los esbirros de la policía política, si comparten la retórica agresiva de Hitler y Mussolini, responderán que odian el dolor y que la guerra es una desgracia inmensa. Pero en el medio actual las masas no cuentan; la conciencia individual

queda también sumida en el pantano de los grandes tópicos nacionales. La guerra se hace contra el deseo de los que van a morir y sufrir en ella. En esa coyuntura el político más cauto será aquel que la prepare con más probabilidades de éxito y con riesgos menores para su propio país.

Es muy posible que las democracias para defender la paz tengan que hacer la guerra. En ese caso habrán perdido mucho tiempo buscando soluciones aisladas a los conflictos que una ideología de expresión y de destrucción viene planteando con inminencia aterradora. Los fascismos poseen una superabundancia de armamentos; pero carecen del oro que asegure el sostenimiento de una campaña y de las materias primas que les permitan llevarla adelante. «Un pueblo hambriento no puede hacer la guerra». La frase le costó a Blomberg la destitución y el destierro. Pues bien: ¿Van a esperar las naciones que ya están siendo atacadas en sus órganos vitales a que esos pueblos puedan lanzarse a la aventura en condiciones favorables? ¿O es que alguien sueña con romper la solidaridad de los agresores? Ellos no están unidos por su voluntad libérrima, sino por la cadena infamante de una ideología de muerte. Hacen la guerra, quieren la guerra y hablan de la paz para desorientar a sus naturales adversarios. Sería locura dejarles elegir su momento.

(«El Diluvio», Barcelona, 3-IV-38.)

**SE AUTORIZA
la reproducción de
cuanto se publica
en este DIARIO**

La duquesa de Atholl habla a los franceses desde la Radio Cité de París

La victoria de Franco obligaría a los franceses a defender una frontera fascista en los Pirineos

La duquesa de Atholl, continuando su enérgica campaña antifascista, ha pronunciado un discurso delante del micrófono de Radio Cité de París. Su parlamento fué dedicado, en primer lugar, a tratar de los intereses comunes de Inglaterra y Francia.

Después entró de lleno en el problema español y denunció una vez más la amenaza que una victoria de Franco representaría para Francia, que vería cortadas sus comunicaciones con África y se vería obligada a defender una nueva frontera en los Pirineos.

Añadió a continuación que estos problemas desaparecerían en absoluto al producirse la victoria de las armas de la España republicana.

Refiriéndose a la noticia lanzada por la propaganda fascista internacional, referente a la instauración de un régimen comunista en España, la duquesa de Atholl niega rotundamente este chapucero infundio.

Es necesario poner de relieve que la duquesa de Atholl habló en este tono desde la Radio Cité, que es una emisora que no se ha distinguido precisamente por su simpatía hacia nuestra causa.

(«Mañana», Barcelona, 3-IV-1938.)

El terrorismo fascista en Euzkadi

I

La persecución desencadenada por los militares sublevados en el País Vasco, alcanza proporciones verdaderamente aterradoras. No es esta información que damos fruto de suposiciones más o menos ciertas, sino el conjunto de referencias concretas, comprobadas, que poseemos de cuanto ha sucedido en la retaguardia de Euzkadi bajo el dominio fascista.

Los hechos de que daremos cuenta en informaciones sucesivas responden también al mismo sentido de exactitud.

Hemos de señalar, al propio tiempo, que los datos aportados son una mínima parte de los múltiples que ofrece la feroz represión que, aun en estas fechas, continúa en Euzkadi.

—o—

Antes de entrar en la descripción de los actos vandálicos cometidos por los facciosos, queremos ofrecer el contraste entre dos conductas: la del Poder legítimo y la de los militares sublevados.

1. En Euzkadi, pueblo eminentemente católico, los asesinados o fusilados por quienes se decían salvadores de la religión católica, han sido, en su inmensa mayoría, hombres católicos.

2. Desde el momento de iniciarse la sublevación, Alava y Navarra quedaron bajo el dominio absoluto de los rebeldes, sin que se registrara la menor resistencia armada contra el movimiento por parte de los núcleos leales a la República que en esas regiones había. Las mismas autoridades representativas del régimen republicano se adhirieron, con su conducta, a la sublevación en Vitoria y en Pamplona, y las masas, carentes de medios adecuados, no tuvieron ni opción para declararse en pro o en contra de la revolución. En aquellos momentos iniciales fueron encarcelados o fusilados gran número de personas. En Guipúzcoa y Vizcaya, fué abortada la rebelión en su comienzo. A pesar de las dificultades creadas por las circunstancias, las columnas navarras atacaban ya sobre tierra guipuzcoana, el orden y el ejercicio de la autoridad constituida fueron mantenidos.

Durante el mandato del Gobierno de Euzkadi, no llegaron a veinte las penas de muerte ejecutadas, después de cumplidos todos los trámites judiciales y como sanción de delitos probados

y de extraña gravedad en todos los casos.

Los dos mil presos políticos que existían, al caer Bilbao, fueron puestos en libertad.

En cambio, veamos qué balance ofrece la actuación facciosa en tierra de Euzkadi:

El número de fusilados y asesinados desde el primer día del movimiento hasta la fecha puede fijarse muy bien en más de veinte mil, más del 80 por 100 del cual lo fueron sin comparecer ante Tribunal judicial alguno, es decir, sin cumplirse el mínimo requisito que la ley y la civilización obligan.

Puede calcularse en más de 70.000 el número de encarcelados actualmente en Euzkadi. Unos dos mil de ellos están condenados a muerte, desde hace meses, sin que se les haya comunicado la sentencia. Sobre los restantes, recayeron condenas de cadena perpetua o de treinta años de prisión.

Se eleva también a muchos miles el número de vascos que después de permanecer encarcelados durante varios meses, fueron puestos en libertad posteriormente.

Las expropiaciones de bienes son innumerables. Pueden calcularse en más de diez mil las ordenadas oficialmente, sin contar los saqueos realizados sin intervención de la autoridad.

Las multas impuestas por «desafección» o «tibio patriotismo» alcanzan un volumen de varios millones de pesetas.

Sobre el martirio de Euzkadi,

Para vergüenza de los que se dicen patriotas...

Diez y nueve meses y tres días ha soportado la afrenta este hombre que hoy nos habla. La necesidad imperiosa de atender su cargo y de no mostrar tibieza en el cumplimiento de su deber, le hizo recorrer toda la zona del sur, donde no cesa de contemplar el bochornoso espectáculo de la mediatización extranjera. Espíritu de formación republicana, temperamento exaltado y español de pura cepa, tuvo momentos de verdadero peligro, pues la indignación de lo que presenciaba le hizo en más de una ocasión, cometer imprudencias, que le pudieron acarrear la muerte inmediata. Ahora, al volver a la zona republicana, nos relata lo que vió:

—Málaga, Cádiz y Huelva pierden por instantes — dice nuestro confidente — su recio abolengo de ciudades genuinamente republicanas. Su fisonomía

El Frente Popular de España se dirige al pueblo inglés en un manifiesto

El Frente Popular de España ha dirigido al pueblo inglés el siguiente manifiesto:

«El Frente Popular Español, simbolización exacta de la España democrática, quiere testimoniar al pueblo inglés su gratitud por el interés fervoroso que está poniendo en nuestra causa. El Frente Popular Español sabe muy bien que la simpatía que le brinda el pueblo inglés va abriendo, poco a poco, en el mundo entero, la comprensión hacia el verdadero sentido de nuestra lucha y de la responsabilidad inmensa que por el desamparo en que se nos tiene están creando para sí las naciones democráticas. El pueblo inglés, como todos los pueblos, está limpio de culpa. Sentirnos generosamente comprendidos por la masa popular inglesa ya es bastante para que nuestra fe quede robustecida y se exalte nuestro entusiasmo. Nos importa mucho, como es lógico, el resultado de nuestra lucha. Pero nos importa que los pueblos nos justifiquen, aunque tengamos el dolor de que, por dificultades notorias, no puedan ayudarnos en la medida apropiada. Queremos nuestro triunfo y por él nos esforzamos; pero lo queremos sancionado por los pueblos libres y aprobado por las multitudes democráticas. Por eso la adhesión del pueblo inglés nos conforta sobremanera y nos afianza en la decisión inquebrantable de vencer. Porque queremos vencer y porque queremos que mañana nuestra victoria signifique fraternidad con todos los pueblos sin suscitar en ellos otra cosa que confianza y afecto, la adhesión de hoy constituye ya un compromiso que a nosotros nos obliga con tanto empeño como los vínculos morales que para nosotros tienen el mayor valor.

Resulta sorprendente que los viejos pueblos, que en fuerza de luchas, a veces duras y a veces crueles, como son todas las luchas humanas, han sabido ser símbolos de nuestra civilización, no comprendan bien que la República española, al imponerse a sí misma la tarea de transformar lícita y legalmente nuestro país, suscite esta lucha, nacida para evitar que España consiguiera un mayor bienestar, y transformada más tarde en guerra de invasión. España era un país en donde lo único que florecía era la miseria. Todos nuestros soldados han conocido la brutalidad espantosa de la situación en que se les tenía. La mayoría de ellos no es ahora, en el desafío de la muerte, cuando más sufren. Era más duro conquistar trabajo para subsistir que conquistar posiciones en una batalla. Todo el pecado de la República española ha consistido en dejar que nuestro país dejara de ser un Estado feudal y se incorporara a normas de justicia, que, para su ventura, gozan otros pueblos. Es lo mismo que hiciera el pueblo inglés hace siglos y lo mismo que llevara a cabo Francia con su revolución. Mas ni siquiera a nosotros se nos puede acusar de haber puesto al servicio de este noble propósito la violencia. La violencia la han utilizado nuestros enemigos, que, impotentes para derribarnos, han tenido que recurrir a otras

asolada por los efectos directos de la guerra, pesa también este cuadro de dolor que ofrece la persecución franquista.

(Continuará.)

se hacen sospechosos o alzan su voz para protestar contra el servilismo de los facciosos españoles, que coadyuvan impasibles a este atropello constante.

Es inútil ir con reclamaciones a las Comisarias. Las brigadas de pistoleros, con placa y carnet, de Martínez Anido, no actúan como no sea para asesinar, de madrugada, a aquellos elementos molestos para el mandarin gallego, que, desde Burgos o Valladolid, fulmina su política de crimen y venganza contra todo lo que huele a liberalismo...

Mientras tanto, en los puertos de Málaga, Cádiz y Huelva, los buques italianos y alemanes se llenan de aceite, trigo, cerdos, conservas, patatas y minerales que marchan hacia sus países, después de haber descargado bombas, cañones, tanques y aviones con que los traidores militares tratan de exterminar a la democracia española y convertir en ruinas el país.

Cada arribo de barcos extranjeros es señalado por la intranquilidad y el espanto de las poblaciones civiles, que saben lo que significa el desembarco de

naciones y han preferido vender su país antes que tolerar que mejorara. El pueblo español, si alguna culpa le cabe, es la de haber esperado tantos siglos para poner término a su situación. No esperó tanto el pueblo inglés y por ello es hoy avanzada de la civilización. Fiel a sus tradiciones el pueblo inglés nos comprende, nos estimula y, en la medida que le es posible, nos apoya. Y ese aliento, que para nosotros es un acicate, constituye la confirmación de que luchamos por la justicia, nos inmolamos al triunfo de la democracia y servimos un ansia de libertad, sentimientos en los cuales coincidimos con el pueblo inglés y con todos los pueblos del mundo.

Ni una sola palabra queremos pronunciar nosotros sobre la diferencia de comprensión entre el pueblo inglés y su Gobierno. En este punto nuestro respeto es absoluto y nos basta con que la diferencia exista. El tiempo dirá quién supo ver con más agudeza este problema. Lo que sí hemos de decir, porque ello es lícito, es que nos importa más no defraudar al pueblo inglés que a su Gobierno. El pueblo inglés confía en nuestra lucha y desea nuestra victoria, y nosotros lucharemos hasta conseguir esa victoria tan imprescindible para nosotros, tan conveniente a los intereses permanentes de Inglaterra y tan necesaria a la paz del mundo. Sufrimos ahora un trance especialmente grave en la contienda de nuestro país. Italia y Alemania intentan arrollarnos de una manera definitiva y se han lanzado con descaro para abastirnos. No es sólo con tropas a las que disfraza de voluntarios, como nos ataca, sino con numeroso y terrible material de guerra que centuplica el daño y el agravio de nuestra independencia. En el pillaje internacional que el fascismo ha organizado, le ha tocado el turno al botín de España y sobre él se lanzan con igual codicia y con tanto cinismo como un día se lanzaron contra Etiopía y otro lo hicieron contra Austria. Con igual fiera que mañana plantarán su gaza en otros países débiles, en la espera de que toque el turno a las potencias más poderosas. España no es más que un episodio de lo que se prepara y un anticipo de lo que amenaza para más adelante.

Pero España puede dejar de ser episodio para venir a representar el freno definitivo que detenga tanta y tanta criminal agresión. Al servicio de este propósito, quedan subordinadas todas las vidas de los españoles demócratas. Ni un solo español dejará de ofrendar su existencia, al entregarla, orgulloso, para la tranquilidad de Europa y para la paz del mundo. Pase lo que pase y sea lo que fuere nuestra situación, nuestro designio es luchar. A eso nos obliga nuestra responsabilidad y a eso nos empuja el aliento cordial del pueblo inglés, al que testimoniamos nuestra gratitud. — Izquierda Republicana — Unión Republicana — P. S. O. — P. C. — U. G. T. — C. N. T. — F. A. I. »

esas tripulaciones, verdaderas hordas de foragidos. Los cafés, los restaurantes, los teatros han de sufrir la plaga de esos hombres que beben, comen y se divierten y luego se niegan a pagar. Las mujeres han tomado la determinación de desaparecer de las ciudades y buscan refugio en los pueblos del interior. Por dolorosa experiencia, saben que esos marinos italianos y alemanes no se detienen ante ningún respeto. Las molestan por las calles, las ofenden en los espectáculos y las ultrajan en vergonzosos asaltos a casas particulares, amparándose en la pasividad repugnante de las autoridades fascistas.

Y no hablemos de las ferocidades de los moros. Para adueñarse de bares, cafetines y colmados (casi todos están ya en su poder), apelan a la delación de sus antiguos dueños; otras veces les dan muerte y se apoderan del negocio.

Este DIARIO se reparte gratuitamente

SPANISH TESTAMENT

Por Arthur Koestler

(Continuación)

Poco después de las diez, vino don Ramón a mi celda y dijo que no me preocupara si oía jaleo; uno de los presos estaba enfermo y lo iban a trasladar, de noche, al hospital.

Por lo visto temían que el muchacho armara un escándalo cuando se lo llevarán. Hasta entonces, en las noches de ejecución, todo solía marchar bien: los carceleros tenían su técnica para evitar escenas.

A las diez y media, oí en el pasillo cuchicheos, risas contenidas y otros sonidos extraños. Me acerqué a la mirilla. En el corredor iluminado y vacío, se desarrollaba una escena absurda; Manuel y el capitán Bligh jugaban a los «caballitos». Manuel, con una cuerda atada alrededor, era el caballo. El capitán Bligh llevaba las riendas. Paseaban así, arriba y abajo; yo podía verlos cuando entraban en el campo visual de mi mirilla. El carcelero llevaba un látigo y gritaba: «arre, caballo» a cada paso, golpeándole con él. Manuel reía y se quejaba por turnos. Después de recorrer tres veces el pasillo caballo y jinete, se dirigieron al patio vacío y oscuro; oí el chasquido del látigo y los quejidos de Manuel. Luego, volvieron.

Esto fué a eso de las once. Esperé que empezaran las ejecuciones y me dormí de nuevo, antes. Al día siguiente me dijeron que habían ejecutado a tres presos. Pero el muchacho no debió gritar. Quizás lo emboracharon con aguardiente.

A causa de esta escena, decidí ayunar de nuevo y ni siquiera beber. Suponía que esta vez los efectos del ayuno se harían sentir antes—hacía diez días que volví a comer tras otros diez de abstención. Estaba dispuesto a continuar hasta salir de alguna manera de ese matadero.

Estuve siete días sin beber y quince sin comer, desde el 25 de abril hasta el 9 de mayo. Pero el destino dispuso que sólo el ridículo coronase mis esfuerzos. Mi segunda huelga del hambre resultó tan superflua como la primera. El feliz desenlace vino sencillamente y sin ayuda mía. Mis desesperados intentos se estrellaban contra molinos. Sentí como el infortunado muchacho del «Satyricón» que «...este mundo no es un lugar placentero; se brinca, se huye y se atormenta uno, como un ratón en un orinal».

O algo parecido... (1).

LUNES, 26 DE ABRIL

Hambriento todo el día. Esta vez mucho peor que la primera. Me llamaron al despacho esta tarde. Dos caballeros bien alimentados, del departamento de prensa de Salamanca, me saludaron muy cortésmente, entregándome otra carta de mi mujer.

Su contenido es algo más revelador que el de la primera. Dice que le ha sorprendido descubrir cuántos amigos tenemos «y que no sólo espera, sino que está convencida de que ya no tardaré mucho en conseguir mi libertad». Esto último es sólo, sin duda, un piadoso deseo, pero lo primero indica que se está realizando una campaña de protesta en mi favor. La carta llegó a Salamanca por mediación del obispo de Westminster. Pero se deduce de ella que mi mujer, a pesar de todos sus esfuerzos, no ha conseguido saber mi paradero. ¿Qué interés pueden tener las autoridades de Franco en ocultarlo? Razón de más para no retroceder. Dentro de quince días seré un despojo y no tendrán más remedio que llevarme al hospital.

Los dos caballeros del departamento de Prensa dijeron que podía contestar la carta y me sugirieron discretamente que dijera lo bien que se me trata. Tuve la impresión de que no enviarían la carta y que sólo deseaban arrancarme unas declaraciones. Escribí: «Hasta ahora fui bien tratado en la cárcel y no tengo ninguna queja».

Se llevaron la carta, prometiendo que mi mujer la recibiría en una semana.

(Como es natural, no llegó nunca.)

MARTES, 27 DE ABRIL

Día lluvioso, interminable. Carlos está aún aquí. Los dos españoles, de muy mal humor desde que se les acabó el dinero. Se pelean todo el tiempo. De resultados del ayuno, yo también me he vuelto sumamente irritable, pero procuro contenerme.

MIÉRCOLES, 28 DE ABRIL

Hoy vino el Cónsul.

Dijo que el Gobierno británico se interesaba por mi caso y que él había recibido instrucciones para hacer todo lo que pudiera por mí. Hasta en el Parlamento se suscitaban preguntas relacionadas conmigo. Mi mujer removía cielo y tierra para conseguir mi libertad. El Foreign Office requirió a Franco para que concretase sus cargos contra mí; pero éste se negó a contestar con el pretexto de que mi caso se hallaba aún *sub judice*.

Eso sí que es bueno. Primero me declaran a mí y a todo el mundo que he sido condenado a muerte en Consejo de guerra. Y ahora, de repente, mi caso se halla *sub judice*, sin que me hayan interrogado una sola vez.

No entiendo nada de esto; el Cónsul no parece entenderlo tampoco. Le pregunté si Franco había asegurado formalmente que no me fusilaría. Dijo que hasta ahora ignoraba la existencia de esa seguridad. Tampoco sé si es favorable o no que mi caso esté *sub judice*. Quizás a Franco le resulte desagradable tanta publicidad en torno a este asunto y piense celebrar un juicio en regla para condenarme *legalmente*. Compondrán lo que publiqué sobre los pilotos alemanes, de modo que baste para justificar la sentencia del Consejo de guerra.

En resumen, estoy igual que antes.

Lo más terrible sería que Queipo hiciera de esto cuestión personal, incluso en relación con Franco. Hasta ahora, Salamanca me ha protegido contra Queipo; pero estoy en Sevilla.

El Cónsul me prometió venir todas las semanas y comunicarme las noticias que reciba del Foreign Office. Le pedí algunas menudencias: dinero, un juego de ajedrez, libros. Ofreció traérmelos el próximo día. Hablamos cerca de una hora. Después, el carcelero me enseñó el locutorio. Es un amplio vestíbulo con una jaula de hierro en medio. Los presos que reciben visitas se agachan en el suelo de la jaula. Alrededor de ella, hay un espacio libre de unos cinco pasos de ancho; al otro lado, se acurrucan las mujeres de los presos y les hablan a gritos. Suele haber unas cien personas al mismo tiempo en la habitación. No me explico cómo las parejas logran entenderse en medio de aquel barullo. La visita dura diez minutos. Cada preso puede recibir una vez a la semana.

JUEVES, 29 DE ABRIL

Le di vueltas todo el día a lo que me dijo el Cónsul. Construí todo género de teorías, sin llegar a ninguna conclusión.

Estando en el patio, oímos una explosión al otro extremo de la ciudad. Todas las ventanas se estremecieron y una enorme columna de humo se alzó lentamente.

Más tarde, nos dijo el carcelero que había volado una fábrica de zapatos por causas que aun se ignoran. El falangista de los lentes nos comunicó la noticia. Todos los obreros, doscientos, habían muerto. «Ya ven —comentó— eran doscientos y ustedes arman aquí un alboroto si la «diñan» cinco o seis».

Luego añadió que pasado mañana era el primero de Mayo y se «celebraría, sin duda, solemnemente».

VIERNES, 30 DE ABRIL

Arrechuchos de hambre todo el tiempo. La sed es aún peor. Me siento mal y desgraciado: mi corazón late como un tambor. Lluve torrencialmente. Carlos, enterado de la libertad de Johnnie, está lívido de rabia. Ayer empezó la huelga del hambre, pero volvió a comer hoy. Dice que el olor del café le dió de tal modo en las narices, que no pudo resistirlo.

Las últimas noches han sido tranquilas, pero todos tememos el primero de Mayo.

El falangista de los lentes nos comunicó la noticia. Todos los obreros, doscientos, habían muerto. «Ya ven —comentó— eran doscientos, y ustedes arman aquí un alboroto si la «diñan» cinco o seis».

SABADO, 1 DE MAYO

Gracias a Dios, la noche fué tranquila.

Esta tarde, mientras paseábamos los cuatro por el patio, aparecieron en la puerta tres oficiales requetés. El capitán Bligh los guiaba: nos señaló con el dedo, sin duda explicándonos quiénes éramos. Nos sentíamos como animales en la casa de fieras. Los oficiales nos miraban fijamente, tomaban posturas de *dandies* y se golpeaban con el látigo las botas de montar. Es la humillación más grande que he sufrido, peor aún que el ser retratado en plena calle en Málaga.

DOMINGO, 2 DE MAYO

Otra noche tranquila.

Estoy mucho más débil. Me siento demasiado enfermo para salir al patio y me quedo en la cama todo el día. He adelgazado atrozmente. Mis piernas y mis brazos sólo tienen piel y hueso, como los de una momia. Esta tarde ya no podía parar de sed. Hacía una semana que no bebía y apuré un litro de vino que tenía guardado. Resultó lo que esperaba. A más, fumé treinta y dos cigarrillos. Si logro continuar así mucho tiempo, podré ganarme la vida como «ayunador» en las ferias.

LUNES, 3 DE MAYO

Todo el día en la cama, excepto una hora por la tarde. Angelito me trajo otra manta y una especie de almohada. No puedo leer.

Espero estar pronto suficientemente malo para que me lleven al médico.

MARTES, 4 DE MAYO

Anoche fusilaron a ocho.

Yo no me enteré de nada; me lo dijeron hoy.

Me estuve todo el día en cama, adormilado.

Hace tres días que no voy al patio.

MIÉRCOLES, 5 DE MAYO

Anoche trasladaron a Carlos a mi celda; nueva tanda de presos; la cárcel está superpoblada.

Estábamos encantados y charlamos toda la noche.

Tuve con confiarle a Carlos el secreto de mi ayuno, puesto que me vería tirar mis raciones: en adelante, él se las comería.

Esta mañana, nos trasladaron a ambos a la celda 17.

Está al otro lado del pasillo; la ventana da al «hermoso patio». Cuando nos asomamos por primera vez esta mañana y vimos los macizos floridos y los árboles verdes, parecían un cuento de hadas. Claro que las flores y los árboles no son extraordinarios; el «hermoso patio» parece un parque raquítico de algún distrito obrero. Pero lo importante es que las flores y los árboles tienen colores. Comprendo, de pronto, que vivíamos todos en un mundo bicolor, gris y negro, como un mundo de película. Siguiendo la comparación, el «hermoso patio» me producía el mismo efecto que una película en colores, la cual nos hace luego sentir la monotonía de la técnica bicolor.

Hice una prueba para ver si era yo solo quien reaccionaba ante estas cosas tan violentamente o si mi reacción era típica de la vida de la cárcel. No le comuniqué mi alegría a Carlos; pero él dijo espontáneamente que las flores y los árboles le parecían maravillosos y batió palmas como un niño.

El traslado me cansó tantísimo que me eché en la cama casi sin respiración. Hoy es mi oncenso día de ayuno. Mi delgadez llega a un grado casi teatral. El Jefe—el de la cetriz—inspeccionó la celda después del desayuno y mi aspecto tuvo, al fin, el éxito deseado. Hizo que me llevaran al médico.

El doctor—un médico militar con graduación de coronel, especialista en descubrir faras y trucos—preguntó qué me ocurría. Dije algo sobre la *angina pectoris* y mis dos ataques. Me auscultó, recetándome luego que no fumara y que tomara leche en vez de café; eso fué todo.

A Carlos le decepcionó mucho este resultado. Dijo que no valía la pena ayunar veintidós días para eso. Espera—le contesté— aun no estamos muertos. Nos aterró un poco esta ominosa frase... Menos mal que estamos juntos. Así nadie sabe si fumo o no. Ahora lo hago un poco menos, veinte cigarrillos al día. Después de fumar, mis músculos cardíacos repican.

Los criminales del patio forman una curiosa colección. Hay tres asesinos, cinco o seis ladrones, un auténtico bandolero de la sierra; el resto son estafadores y delincuentes sin importancia. No juegan al *football*, ni triscan como los políticos: son formales y apacibles. Llevan una vida ordenada, segura, sin temores; una existencia idílica. Por la ventana, hablamos con ellos con toda libertad. Aquí no hay zona *tabú*. Todos maldicen la guerra. Desde que empezó, la cárcel ha perdido mucho. Son muy amables conmigo. Carlos no les gusta porque es oficial.

«Les está bien empleado—dijo uno de ellos—; si se hubieran quedado en casita a vivir tranquilamente, no estarían aquí».

JUEVES, 6 DE MAYO

Ayer se llevaron las bombillas de nuestra celda. Por lo visto éstas escasean en la cárcel y en Sevilla. El carcelero nos explicó que las necesitaba para las celdas de *incomunicados* y *ojos*. «Vosotros—nos dijo—sois buenos chicos; ya no hay necesidad de vigilarlos».

Esto nos halagó muchísimo. Ya pertenecemos a la clase patricia de la cárcel. Los carceleros nos hablaban de sus obligaciones en tono íntimo, familiar. Es el modo de salir adelante.

Ahora que no hay luz, es una suerte que seamos dos. Carlos se enfurecía en un principio, cuando le despertaba a las tres de la mañana, anunciándole que charlaríamos hasta la hora del desayuno. Pero, desde que consigue dormir las horas críticas como yo, bendice mi truco.

Carlos sigue saliendo al patio de una a tres; es mi único lazo con el mundo exterior. Sé por él que nuestros dos amigos están muy malhumorados y se llevan muy mal.

(Continuará.)

(1) Mientras, perfeccioné tanto mi clave, que no necesitaba escribir «corazón», en vez de «estómago», y podía decir cuanto me atorajara.

El Gobierno no es el pueblo

Mirad a España. Se está cometiendo allí uno de los grandes crímenes de la historia. Un pueblo libre está siendo sometido al fascismo internacional. Sus hombres, sus mujeres y sus niños, que jamás tocaron al pelo de la ropa de ningún alemán o italiano, son asesinados por los aviadores italianos y alemanes. Los que queden con vida, serán entregados, si gana Franco, a la tiranía.

¿Qué hemos hecho en este país para impedir que se cometa tamaño desafuero con España?

Algunos espíritus valerosos han ido a España a ofrecer sus propias vidas. Se han enviado alimentos. Se han equipado algunas ambulancias y hospitales.

Pero el único medio eficaz de ayudar a España era, desde el principio, el siguiente: o impedir que llegase a los rebeldes la ayuda fascista, o conceder al Gobierno el derecho ilimitado a procurarse armas para su defensa.

Pero esta ayuda, ni siquiera un átomo de ella, no se la ha presentado nunca este pueblo, que figura a la cabeza de los pueblos libres, al de España.

**

Ello no ha sido por falta de ganas ni porque no haya intentado hacerlo.

Para millones de ciudadanos de este país, ha sido una agonía insostenible seguir el curso de la guerra.

Todos los impulsos generosos del pueblo inglés fueron despertados. Todos los impulsos generosos dijeron: «Ayudad al pueblo español, su lucha es la vuestra y la de la humanidad libre».

Pero todos los impulsos generosos fueron frustrados. Todos los deseos de prestar eficaz ayuda, se desvanecieron.

Que todos los hombres y todas las mujeres sientan en su corazón el remordimiento de que el motivo de que esto haya sido así, es que hay en la Cámara de los Comunes 420 diputados elegidos por el pueblo, los cuales apoyan al Gobierno «nacional» y le autorizan para que gobierne.

Del hecho parlamentario se deciden todos los fracasos de la opinión generosa, toda la impotencia del sentimiento profundo, toda la vergüenza de la ineficacia que nos tortura en la crisis actual de la guerra española.

**

El Gobierno manda. La oposición, no. La oposición puede pedir que se siga una política diferente, puede levantar al país. Puede organizar mítines y editar manifestos.

Todo esto lo ha hecho hasta el límite de su fuerza y de su poder. No ha comprado ni un cañón, ni un aeroplano para los españoles. No podía hacerlo porque la decisión para ello era el Gobierno quién debía tomarla y éste decidió, desde un principio, no hacer nada.

Y ésta es la lección: si los deseos profundos de este pueblo no han de frustrarse de nuevo en otra crisis, si no hemos de desertar de la democracia y de la paz, lo que importa sobre todas las cosas es asegurar la derrota del Gobierno Chamberlain, la retirada de su mandato para hablar en nombre del pueblo inglés.

(«Daily Herald», 30-III-1938.)

Una zona germanizada en la que imperan el crimen la vejación y el hambre

Todo cuanto es autoridad está en manos de los alemanes

Nos llegan nuevas noticias del Norte español. Bilbao, San Sebastián y toda la región cantábrica es una zona germanizada... y martirizada.

Ultimamente hubo presiones violentas para obtener más dinero con destino a los jerifaltes del fascismo. Los impuestos aumentan, las contribuciones alcanzan límites asombrosos y la persecución contra quienes no se manifiestan incondicionales del fascismo son más tenaces y crueles cada vez. De estos atropellos son víctimas, preferentemente, quienes alientan sentimientos nacionalistas vascos.

El trabajo escasea tanto, que puede considerarse desaparecido, pues hasta en los Altos Hornos sólo fué posible poner en funcionamiento una pequeña parte de los talleres.

Todo es miseria. Y todo cuanto es mando, cuanto es autoridad, está en poder de los alemanes, que no recatan su dominio y, en ocasiones, lo hacen patente con máximo cinismo.

(«Mañana», Barcelona, 2-IV-1938.)

Un acto emocionante

Ayer mañana se celebró en la Presidencia del Consejo de Ministros un acto sencillo y emocionante, que habla elocuentemente de todo lo que se puede esperar del heroísmo y del elevado espíritu de nuestros bravos combatientes.

Motivó dicho acto la visita de un grupo de heridos de guerra, que significaron al señor Prat, que les recibió en nombre del presidente, su adhesión al Gobierno del Frente Popular e hicieron constar su propósito de ofrendar incluso sus vidas en aras de la libertad y de la independencia del pueblo español.

El subsecretario, don José Prat, agradeció la visita y con emocionadas palabras expresó el reconocimiento del Gobierno y su admiración por el sacrificio que a diario realizan, con ofrenda de su sangre y de sus vidas, los bravos luchadores del Ejército republicano.

Contestóle uno de los heridos diciendo que, una vez restablecidos de sus dolencias, volverían de nuevo al frente para seguir luchando hasta sacrificar la propia existencia, si fuese necesario.

Los comisionados entregaron después al señor Prat el siguiente escrito:

«El presidente del Gobierno legítimo que España se ha dado libremente a sí misma, se ha dirigido al pueblo de España, señalando la gravedad de las horas que vivimos, la premura del enemigo por convertir nuestra Patria en una colonia, la serena y activa firmeza que a esa prisa debemos oponer los españoles todos, amantes de nuestra tierra, si queremos ver con la victoria, conseguida y asegurada la independencia y la paz de nuestro país.

A quienes por la libertad, por la independencia, por el decoro y la paz de España hemos ofrecido desde los primeros momentos nuestras vidas, y si el destino no dispuso plenamente de ellas por nosotros no ha quedado, cumple antes que a cualesquiera otros, hacer reiterada ofrenda cuanto de vida, de vigor

y de energías nos queda, a la causa que defendemos los españoles, todos los españoles dignos de tal nombre en esta hora solemne, verdaderamente decisiva en nuestra historia. En el frente, si son necesarios nuestros brazos, si nuestros pechos hacen falta para contener al invasor; en la retaguardia, si en ella hacen falta nuestros servicios, si no basta con la sangre que por la sagrada causa de nuestra independencia hemos derramado gozosa y resueltamente, hasta la última gota que de ella corra por nuestras venas, dispuestos estamos a verterla antes que ver nuestro suelo convertido en colonia extranjera, nuestra libertad y la de nuestros hijos y hermanos reducida a nada, hipotecada siquiera.

Hombres de las varias tierras de España, en una sola unidad, en una sola voluntad libremente decidida, nos alzamos hoy al lado de nuestro Gobierno, del Gobierno de nuestro Pueblo. Por España, por Cataluña, por la República, a la que hoy defenderá hasta el último aliento, hasta el último hombre, Cataluña. Como antes la defendió Madrid; Madrid, Castilla, Euzkadi, Cataluña, todos los pueblos de España a una en pie y en torno al Gobierno que por boca de su Presidente, nos marca hoy el camino: resistir y crear. Y crear hoy a España manteniéndola intacta, nueva y eterna a la vez por encima de la arremetida de invasores y de los traidores que a sus órdenes militan, es mantenerse cada cual en su puesto, dando el rendimiento máximo que de él exija en la hora presente la Patria invadida. Nosotros inválidos y heridos de guerra, desde nuestro puesto, el que el Gobierno legítimo de España nos asigne, gritemos frente a las hordas invasoras: ¡Viva la República!, ¡Viva España!, ¡Viva el Ejército Popular, en cuyas filas formamos, animosos como los primeros!»

Siguen firmas.

(«El Día Gráfico», Barcelona, 2-IV 1938.)

CONTINÚA EL JUEGO

Mientras los aviones, la artillería y los tanques alemanes e italianos atacan las defensas de Barcelona, el subcomité del Comité de No Intervención se reúne de nuevo. Ante la evidencia de ese armamento puede juzgarse al Comité; ningún organismo ha tomado parte en más engaños, ha sido más dilatorio o ha deshonrado más el principio que debiera defender. En su última reunión, el 3 de febrero, examinó el coste calculado de la retirada de «voluntarios» y las sugerencias hechas (con ironía, seguramente) para reducir el tiempo necesario para realizar el proyecto. Las proposiciones fueron remitidas a los Gobiernos representados, los cuales han tardado casi dos meses en estudiarlas. El retraso es grotesco, pero completamente característico. Se recordará que Mr. Eden, en un discurso que pronunció en Llandudno antes de la reunión del Comité, en octubre último, censuró severamente su labor. Dijo: «Si el Comité no puede ahora adelantar nada, como no pudo en julio último, temo que sea inútil que nos ocultemos la gravedad de la situación con la que tendremos que enfrentarnos.»

Cuando se reunió el Comité, no hubo acuerdo ni adelanto alguno. Italia se negaba a retirar sus «voluntarios» hasta que se concedieran los derechos de beligerancia; la Rusia soviética no quería examinar la concesión de estos derechos hasta que salieran de España todos los extranjeros. El estancamiento era absoluto; Mr. Eden describió «las divergencias como fundamentales e imposibles de ocultar». Luego se produjo un cambio repentino. Italia aceptó el plan inglés y se adoptó el proyecto de retirada. La decisión fué recibida con júbilo. Si algunos dudaban de la palabra de Italia, otros profetizaban una nueva esperanza de paz en Europa y una buena oportunidad al fin para el Gobierno de España. El Comité se dispuso a recoger los frutos de su triunfo; tuvo muchas reuniones

y demostró una actividad plausible. Pero aunque no hubiese celebrado ninguna, los resultados no hubieran sido menores.

Está absolutamente claro para todo el mundo, excepto para el Gobierno británico, que el actual avance de los rebeldes en España se debe sola y exclusivamente a las masas de armamento extranjero. En esto, el Comité, con sus proyectos de retirada de voluntarios, está muy lejos de la realidad. Las fuerzas gubernamentales no retroceden ante las tropas italianas y alemanas—aunque hay muchas en el frente—, sino ante las armas italianas y alemanas. Tenemos un ejemplo en el bombardeo brutal de las poblaciones catalanas. El corresponsal especial del «Daily Telegraph» se hallaba en Barcelona en la tarde del 17 de marzo y su testimonio merece absoluto crédito. Dice concretamente que los aviones que efectuaron el «raid» procedían de dos bases establecidas en la isla de Mallorca. De Palma, vinieron los italianos (Piaats C. R. 32 y Savoia 81 y 79); de Pollensa, al Norte de la isla, los alemanes (Heinkels 59). Da los nombres de los comandantes extranjeros, y describe cómo hicieron de Barcelona un campo de experimentación de una nueva bomba de 500 libras, cuyas propiedades pueden apreciarse por el terrible daño que causó. Esto es sólo un ejemplo. ¿Y la prueba, asimismo evidente, de que los aviones extranjeros, cuyas bases están en el interior de la península y que tan grandemente contribuyeron al avance actual? ¿Y la lista minuciosamente documentada de los 442 aviones de que disponen los rebeldes, enviada por el Gobierno francés al inglés? La intervención se presenta bastante clara al hombre de la calle; pero a todas las preguntas que se hacen en la Cámara de los Comunes, el Gobierno sólo sabe contestar que carece de información. La verdad no puede desconocerse; se oculta al público por razones de política.

Durante el primer discurso de Mr. Chamberlain en el debate referente a la dimisión de mister Eden, aludió a una conversación que sostuvo con el Embajador italiano cuando le visitó para informarle de la aceptación por parte de Italia del plan británico para la retirada de voluntarios:

«Le dije que el Gobierno británico consideraba el arreglo de la cuestión española como condición esencial para cualquier acuerdo a que pudiera llegarse.»

En su declaración posterior, el Primer Ministro añadió que había dicho al Embajador que las conversaciones anglo-italianas no podrían tener buen éxito si entretanto la situación de España era alterada materialmente por el envío de nuevos refuerzos por parte de Italia. Ahora se sabe que la política del Primer Ministro depende de las conversaciones italianas, y está claro que después de estos informes cualquier insinuación relativa a una nueva intervención italiana, durante los últimos días, tiene que ser muy difícil. En resumidas cuentas, el Gobierno apoya a un Comité desacreditado, que ha hecho más por fomentar la intervención que por impedirla. El que no haya ni pizca de honradez ni de justicia en esta política tiene que consternar a todos los habitantes de un país que tenía a orgullo el ser conocido por su conducta honrada. Pero ni aun basándose en razones de conveniencia no se ve nada que justifique nuestra traición a un Gobierno amigo. Abandonar ahora el Comité no significaría una intervención guerrera, como se dice a menudo. Ello sólo restablecería al Gobierno español su derecho a comprar armas para reducir una rebelión militar. Contribuiría a devolver la perdida reputación de este país y a dar a Europa la nueva esperanza de que su porvenir no está entregado a los que no conocen ni la justicia ni la compasión.

(«The Manchester Guardian», 30-III-1938.)

Las informaciones que publica este DIARIO, responden siempre a la veracidad más estricta